

Los mexicanos redescubren la tradición*

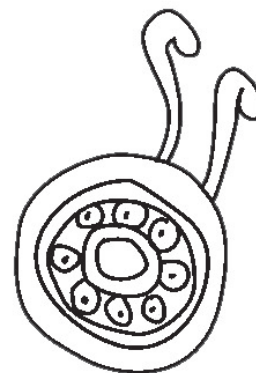
Anita Brenner

La temporada de verano en México ofrece varias perspectivas de interés, entre las cuales un ítem muy atractivo es la exposición de pinturas coloniales que, habiendo salido de contrabando, hace poco recuperó el gobierno.

La historia que hay detrás de estas pinturas es deliciosa crema política para Fernando Gamboa, titular del departamento de artes plásticas del Instituto Nacional de Bellas Artes, y una pluma en el tocado de buen vecino del jefe de la policía de San Francisco. Tal parece que alguien en San Francisco escuchó que un lote de antigüedades mexicanas se estaba ofreciendo a la venta de una manera bastante misteriosa, fue a echar un vistazo y dio aviso al consulado de México.

Gamboa llegó en avión a la escena y, con la policía de California cubriéndole la espalda, descubrió que se trataba de algo más que de un lote. La pista, rastreada en el mejor estilo Perry Mason, condujo a la casa en Los Ángeles de un excéntrico millonario que murió en fechas recientes dejando una amplia colección de arte —de arte colonial mexicano en buena medida—, que ahora sus herederos se habían puesto a vender a toda prisa.

La mayor parte de esta colección, una vez localizada, resultó estar integrada por materiales que no habrían podido cruzar la frontera de forma ortodoxa, y que obviamente así no fue como la cruzaron. Muchas de las pinturas estaban muy dobladas, pues se las plegó para formar bultos pequeños. Era evidente que a algunas de ellas se las empleó como maletines de tela y otras estaban tan manchadas y raspadas que al parecer las pasaron debajo de la alfombra de un automóvil. El gobierno mexicano puso una demanda por todas las pinturas que fue posible localizar, ochocientas en total, las cuales tal vez sí o tal vez no eran parte de la colección original. Algunos de los propietarios, a quienes se los cogió muy inocentemente con arte robado en las manos, acordaron del mejor modo con Gamboa pagos ridículos.

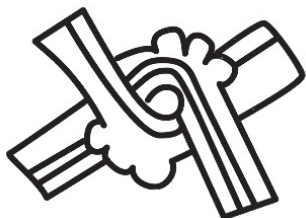


* Tomado de *Art News*, verano de 1951.

Uno o dos comerciantes, los cuales habían comprado grandes cantidades a precios sumamente bajos, se resistían a abandonar sus ilusiones de obtener grandes ganancias, pero gracias a la intermediación de los buenos oficios de la policía también acabaron haciéndose a la idea de recibir un pago ridículo.

En estos momentos, los expertos de Bellas Artes están muy ocupados limpiando y tratando de restaurar la mayor cantidad de pinturas que sea posible salvar. Algunas ya no tienen remedio, pero la mayoría, al parecer, puede rescatarse. Hasta ahora, unas ciento cincuenta ya están listas para ser exhibidas. Entre ellas aún no ha salido alguno de los grandes nombres. De hecho, la mayoría de las pinturas parecen no estar firmadas. Son pinturas de entre los siglos XVI y XVIII provenientes de conventos e iglesias, no es arte muy “formal”, aunque del todo popular tampoco, sino de algo intermedio y más cerca del arte folclórico que de la academia. En tanto hasta aquí son claramente visibles el gusto y el estilo inconfundiblemente mexicanos, un tanto más del lado *naïve* y primitivo en muchos casos, muy semejantes a los retratos y escenas de género que realizaban los pintores provinciales en la tradición flamenca, de tiempo atrás mexicanizadas con toques característicos tales como las guirnaldas, palomas, inscripciones sentimentales y una delicadeza infantil en la tiesura de tratamiento.

En apariencia, la mayor parte de las pinturas es del área de Querétaro y, en términos generales, del área central de México, que ha producido algunas de las mejores obras en este tipo. Se trata supuestamente de “descartes” de iglesias que en la actualidad están siendo renovadas y acicaladas. Muchas veces sucede que las pinturas y esculturas antiguas se descartan a favor de algo más dorado y rosa y azul, y que los descartes llegan a los comerciantes en México, quienes a su vez tienen sus contactos del otro lado de la frontera. Desde luego, también hay un gran número de pinturas antiguas que siguen circulando en los reservados de los comerciantes de viejo, que las compraron a los saqueadores en la agitación de los días de la Revolución. Sin embargo, se supone que ningún tipo de antigüedad puede salir del país sin autorización oficial, y que por lo tanto prácticamente todo lo que sale, hasta aquello que probablemente habría tenido permiso para hacerlo —sólo las obras de primerísima calidad deben permanecer en el país—, va por herético camino.



EX-VOTOS

Otra exposición bastante inusual estará a la vista en los meses del verano en la Galería Regar (Lisboa 60), que es definitivamente una galería no venal dirigida por el pintor Judson Bri-

ggs y su esposa Muriel Reger. Esta exposición consistirá de ex-votos provenientes de las mejores colecciones mexicanas: Covarrubias, Montenegro, etcétera. Y en conjunción con ella, una serie de pinturas realizadas por el tal vez inexistente “Horacio”, quien acaso no sea una persona sino varias, según las teorías que circulan por ahí.

Horacio es la firma en pinturas realizadas en el estilo tradicional del siglo XIX, en su mayoría retratos *naïve* y escenas familiares en interiores, en ocasiones difíciles de distinguir de las pinturas genuinamente antiguas, y con frecuencia parcialmente viejas y parcialmente repintadas, como es evidente por la edad y el tipo de lienzos empleados. Como regla, todas estas pinturas se venden a través de un hueco en el muro de una tienda de antigüedades situada en una calle secundaria, cuyo propietario, como todo el mundo sabe, podría ser el propio Horacio. Él sostiene que la mayoría de las pinturas son obra de un hombre muy anciano con bastón. No dice que sean antigüedades, pero si alguien las toma como tales tampoco se lo discute. Si se le insiste, saca al anciano con bastón y se irrita si uno se pone a observar detalladamente las pinturas. En realidad, no hay la intención de engañar y a duras penas se puede decir que las pinturas sean falsas. México está lleno de artistas desconocidos, algunos tan viejos como los cerros, sin duda, y algunos muy jóvenes, que pintan y esculpen en estilos ya muy pasados, oficialmente, pero que en la provincia siguen sumamente vivos. Algunas de las pinturas de Horacio tal vez sean en realidad antiguas, pinturas que el artista “hace nuevas” de un modo bastante inocente —poniéndole nuevas zapatillas rosas a la niña, agregando rosas nuevas alrededor del caballo blanco, etcétera— a partir del principio, presumiblemente, de que tal vez las cosas nuevas sean capaces de producir más pesos que algo sucio y gastado.

México está lleno de artistas desconocidos, algunos tan viejos como los cerros, sin duda, y algunos muy jóvenes, que pintan y esculpen en estilos ya muy pasados, oficialmente, pero que en la provincia siguen sumamente vivos.

OROZCO ROMERO

Ahora mismo en Bellas Artes, hasta finales de junio, hay una exhibición individual de Carlos Orozco Romero. Aunque es bien conocido en México y se ha hecho pronto de una muy buena reputación, ha expuesto muy poco en Estados Unidos, donde se le conoce generalmente por paisajes poéticos fríos. Sin embargo, es uno de los pocos artistas mexicanos a los que le gusta jugar y, cuando se suelta, sus fantasías pueden ser excepcionalmente ligeras y tiernas; o divertidas, de un modo surrealista. Entre sus pinturas más interesantes están sus semi-abstracciones, casi siempre compuestas con figuras en los árboles. Ya sea que se trate de algo deliberadamente expe-

rimental o de un tema personal recurrente, el trío o tríptico es típico de Orozco Romero, como también lo es un enorme interés en lo arabesco y en la danza.

Orozco Romero es sobre todo un artista consciente en extremo honesto. Nunca pinta para el público y mucho menos para la mirada del turista, y siendo como es de sutil y estricto, no ha sido sino hasta hace poco que obtuvo el reconocimiento popular con el que cuenta.

RAHON Y MARTÍNEZ

En la Galería de Arte Mexicano (Inés Amor, Milán 18) va haber dos exposiciones de interés este verano. Una es la obra de Alice Rahon, antes Alice Paalen. Madame Rahon es una refugiada europea que tiene ya muchos años viviendo en México. Ella es una pintora no-objetiva, en sus mejores momentos en la fantasía decorativa, que compone con gran precisión y delicadeza. El color es su fuerte: se expresa en voz baja, de manera directa y frecuentemente con exquisitez.

La otra estrella en esta galería será Ricardo Martínez, uno de los más jóvenes del grupo. Hasta ahora ha pintado figuras y grupos de dimensiones monumentales, con una fuerte tendencia a los azules que recuerdan vagamente al periodo azul de Picasso. Su obra más reciente parece menos ambiciosa y más exitosa. Ha dado un giro hacia el paisaje y ahí ha encontrado un idioma original que se puede describir como lírico pero, decididamente, ni dramático ni exuberante. En uno o dos de estos lienzos Martínez ha atrapado la atmósfera triste del paisaje mexicano: la elusiva luz vespéral, el color atenuado y la definición precisa de la línea del horizonte. Martínez es uno de los jóvenes que al principio de su carrera recibió un amplio reconocimiento. En varios casos se ha dado que tales pintores se vuelven estridentes y blandos y cada vez más pretenciosos. Por fortuna, Martínez cogió el camino contrario, dando muestras de trabajo duro, humildad y progreso sólido.

